

LIBRO SEGUNDO

CAMINOS DE DOLOR

—¡Qué guapa eres!—le decía el niño levantando hacia ella el pálido semblante—¿Por qué yo, madre, no tengo como tú la cara de color de rosa?... Cuando vamos por la calle todos te miran y te echan flores... ¡Eres tan linda..., tan alta..., tan fuerte!...

Y en la vocécilla, apasionada del pequeño tembló con las últimas palabras una inconfesa ambición de fortaleza y poderío..., el oculto dolor de su debilidad enfermiza y achacosa.

No advirtió Eva que un acento apesarado lloraba secreto en las ponderativas frases de aquella infantil devoción.

Aceptó el homenaje de su hijo con sonrisa enigmática y, sin contestar á la pregunta triste, murmuró:

—Sí..., muy linda..., muy fuerte... ¡y muy elegante!... Hace un año que llevo puesto el mismo vestido...

Y rió con acritud, bajo una torva mirada que recorrió la estancia, posándose con hostilidad en el humilde mobiliario.

—Ya lo sé—dijo el niño con precoz razonamiento—, es que papá gana muy poco y somos pobres... Pero no te pongas triste, que si yo crezco ganaré mucho más que mi padre y te compraré muchos vestidos y muebles y adornos... Ya verás..., si yo me pongo bueno..., si me hago un hombre...

Y quebróse la voz prometedora en un silencio pensativo, como el compás de espera de una música doliente.

A los lados de la carita, bella y lánguida, los rizos nazarenos cayeron sobre los hombros débiles del niño, con una ondulación sombría, que hizo más intensa y lamentable la blancura anémica del rostro.

En los profundos ojos de Tristán, africanos y hermosos como los de su madre, brillaba una extraña ansiedad, mezcla de altivez y de miedo.

Atenta la señora á sus íntimas preocupaciones, tocada en el corazón por otros cuidados, no reparó en la macilenta expresión de la criatura ni se dolió de aquella traza lamentable más que para decir:

—Te pondrías bueno si fueras los veranos á una playa..., si tomaras los costosos reconstituyentes que te mandan los médicos..., si tuvieras regalo y diversiones como otros niños delicados... Así..., con la vida de mendigos que estamos haciendo..., te morirás...

—¿Que me moriré, dices?—clamó el niño—¿Es de veras, madre?... ¿Dices de veras que me voy á morir?... ¿cuándo?... ¿pronto?... Tengo miedo, mamá; mucho miedo..., mucho frío..., no quiero, no quiero morirme...

Y se refugió, loco de terror, en el regazo de su madre.

Dulcificóse en ella la fiera sonrisa y se amansó el acento indómito, al recibir al niño sobre su corazón.

Acariciándole, con blanda voz sumisa, le calmaba:

—No te asustes, hijo; lo he dicho... por decir... Tú sanarás... serás alto y fuerte como yo... ganarás mucho dinero, y entonces viviremos juntos y solos... seremos felices...

—¿Y papá?

—«Ese»—pronunció Eva con lenta voz cortante y helada—tiene bastante compañía con sus coplas... le dejaremos en paz con la poesía...

—¿Y no le daremos nada de nuestra riqueza?

—No le hace falta, tonto... Para soñar y llorar y componer poemas, con una mesa de pintado pino ya es feliz tu padre... Nada le debemos; mira lo que él nos da... ya ves cómo nos abandona... Vivimos años hace en este horrible piso interior, sin sol y casi sin aire... yo no tengo ropa decente que vestirme... tú no tienes remedios eficaces para tu enfermedad... comemos mal... pasamos una vida miserable y odiosa...

Apenado el niño por aquel relato acusador, que ya de otras veces conocía, preguntó impaciente:

—¿Y por qué á mi padre le gusta soñar y llorar?... ¿Lo sabes tú?... ¿Estará también enfermo como yo, ó es que no quiere trabajar?

En vibrante discurso, que el niño era incapaz de comprender, la dama, enardecida en sus querellas, fué diciendo:

—¿Trabajar?... no sabe... no quiere... está fuera de

este mundo... padece «el mal sagrado de los poetas», el estúpido «mal de Leopardi» y otros locos por el estilo... una enfermedad muy cómoda, sin duda, pero que debía estar penada por las leyes... por lo menos en los hombres casados... porque mientras ellos planean y suspiran, y en traza de orates escrutan los misterios humanos y divinos, su casa se empobrece y su familia arrastra una existencia vergonzosa...

Hablaba Eva con furia mal contenida, con despecho mordiente, y sus magníficos ojos radiaban soberbios bajo un liviano cristal de lágrimas.

Iba entrando la noche despacito por la estancia; avanzaba sigilosa por los rincones, y prendía su manto invisible encima de los muebles y los muros.

Miraba Tristán muy pensativo cómo las impalpables tinieblas iban creciendo en torno.

Ya sólo á la vera del balcón se tendía, moribundo y cobarde, un retazo de claridad.

Levantó el niño la meditación de sus ojos sobre los vidrios descubiertos, y detuvo la tímida ansiedad de su mirada en un pedacito de cielo hermoso que aparecía clemente, al borde de un tejado vecino.

También Eva, en inconsciente persecución de la luz, había vuelto su rostro enojado hacia la azul maravilla...

Todo el cuarto quedó en la sombra, y el niño se había dormido, escalofriado y suspirante, en los maternales brazos.

Alzóse Eva del sofá con la carga leve y penosa del hijo enfermo, y le acostó con cuidado en la cama, abrigándole solícita.

Inclinada sobre él, quiso observarle, un poco alarmada por el creciente abatimiento de la criatura, y por el febril sopor que le postraba, cada tarde atormentado y quejoso.

Era la oscuridad casi completa, y la madre sólo vió, bajo el manto sin pliegues de la sombra, blanquear la menuda carita como un exvoto de cera, yacente en un altar negro.

Apartóse de la cama con movimiento brusco y otra vez se dejó caer en el sofá, colérica y agitada. De nuevo su alterado rostro volvióse hacia el jirón celeste que se asomaba en lo alto de la vidriera.

Suspendido sobre la negrura del gabinete, el pedacito azul de la excelsa mentira, daba al silencioso cuadro una nota de luz y de alegría, tan lejana, tan pequeña, de tan desgarrador contraste, que Eva no pudo sustraerse al influjo de aquella intensa impresión, y rebelde al dolor sombrío de su pobre estancia, clavó con reto audaz sus endrinos ojos en la remota promesa celestial. Largo rato, con brava expresión, estuvo desafiando á la divina esperanza del horizonte. De pronto se levantó, brutal y amenazadora, y cerró con un golpe violento las maderas del balcón. A tientas volvió al sofá, hundióse en él desesperada, y rompió á llorar ruidosamente... Sentíase impotente contra la infinita tristeza que de aquel imposible azul descendía sobre su vida oscura.

Giró la puerta con precaución, y se encendió en el gabinete un globo de luz roja y tímida.

Demudado y ansioso, Diego preguntó en el dintel:

—¿Por qué lloras así?... ¿qué sucede?, ¿está el niño peor?

Alzóse Eva altiva entre sus gemidos, y tras la cortina de su llanto brilló fugitivo el gozo cruel de verse sorprendida en aquella desolación que justificase una escena borrascosa entre ella y su marido.

—Pasa lo de siempre—contestó en son de guerra—, que esta vida es intolerable y que el niño se morirá por tu culpa.

—¿Por mi culpa?—balbució Diego—, ¿tú sabes lo que dices, mujer? ¿Tanto me odias que pretendes infamarme con el más horrible de los delitos?

Hablaba sorda y amargamente, y se le fué acercando bajo la indecisa luz de la lámpara, como magnetizado por el abismo de los tenebrarios ojos que le acechaban.

Cada vez más erguida y arrogante, Eva repuso:

—No, si yo no te odio... Si lo que yo tengo de ti es lástima..., mucha lástima... Me pareces sencillamente ridículo con tu aire de doctrino y tus debilidades infantiles.

—¿Pero qué es lo que quieres?... ¿qué exiges de mí?... ¿No hice cuanto pude por darte la felicidad?...

—Buena felicidad la tuya... Un amor desaharrapado y miserable que sólo sabe suspirar..., un hogar mustio y frío, asilo de toda pobreza..., un espíritu temblón y cobarde, lleno de preocupaciones y timideces... Guarda tu felicidad y saboréala tú solo... Yo no la quiero.

Retrocedió el artista avergonzado y trémulo, como si aquellas frases descomedidas le abofeteasen el rostro... Con herido acento murmuraba:

—¡Ah criatura malvada y pequeña!..., ¡cómo sabes meter el puñal en el corazón y apretarle allí clavado!... ¿Por qué antes no te conocí como te conozco ahora?... Te amé como un insensato... Tus ironías, tus burlas, me desgarraban el alma dulcemente... Te entregué el tesoro de mi fe y de mi amor para que tú lo arrojes con desprecio...

—Injúriame, ya que no puedes disculparte —gimió ella indómita.

De nuevo el marido avanzó desesperado.

—¿Injuriarte yo?... Si digo la verdad... la triste y tremenda verdad... ¡Cómo te he querido, mujer!... ¡Todavía te quiero!... ¡Si tú supieras lo que sufro... lo que sufro por ti!...

—Yo no tengo ventaja ninguna con tus sufrimien-

tos sentimentales, inútiles... lo que quiero es no sufrir yo...

—Pero, ¿qué me pides?... He trabajado con perseverancia y con afán; si no he vencido siempre, si no he llegado hasta donde tú querías, no soy el responsable de mis fracasos... Tal vez si me hubieras alentado con ternura y con piedad... si me hubieran sostenido en la lucha tus manos con amor...

—Cúlpame de tu incapacidad, de tu apocamiento... ¡cúlpame... anda!—le interrumpió Eva provocativa.

También él le clavó entonces una mirada desafiadora; y de cerca, muy de cerca, echándole á la cara las palabras, atropelladas y punzantes, afirmó:

—Sí, te culpo... Te culpo del fracaso material de nuestra vida... del callado divorcio de nuestras almas... Yo quería ponerte tan en alto que ni un soplo de dolor ni de tristeza pudiera alcanzarte... Soñaba para ti una felicidad nueva, una vida colmada de goces... Al fundar este hogar, pensaba en mi hijo... en el hijo que ya presentía... quería hacer con él y contigo una obra de arte humano... Pero tú has roto mi corazón, has destrozado mi destino... has sido el enemigo malo aposentado en mi casa y alimentado con la sangre de mis venas. Buscaba en ti el calor de un alma profunda y escogida, la dulce compañera que me ayudase á caminar, que completase mi naturaleza y compartiese conmigo el pan y la sal de la vida... y sólo hallé en tus brazos desdenes y egoísmos... ambiciones, mezquindades... Sometiéndome á tus caprichos, erré en mis vocaciones artísticas... me desorienté y me perdí... Robaste mi serenidad para el trabajo,

me empujaste, anulado y decaído, perdida la fe y la salud... Derrochaste el modesto patrimonio de mis padres... has sembrado en mi casa la discordia y en mi hijo la semilla del desamor... Y aun te quejas... aun te alzas contra mí como una vibora y me llenas el corazón de veneno...

Fuese la culpable respaldando en el sofá, y por un momento la sorpresa de aquella formidable acusación la contuvo silenciosa y despreciativa, hasta que de nuevo se refugió en el llanto como en la única defensa de su derrota.

Desahogando en lágrimas su coraje, lloraba con fuerza, lloraba con rabia, con el rostro bellissimo entre las manos.

El hermoso cuerpo, desmazelado sobre el diván, se estremecía con la dura congoja. Aquellos senos divinamente modelados, aquella cintura flexible, doblábase bajo el peso del busto tembloroso. Toda la peregrina fábrica de la opulenta figura, libre y tremante bajo la suave estofa de la bata, se retorcia con angustia...

La desencadenada tempestad de gemidos despertó al niño de su letargo febril. Abrió los ojos asustado, y con incertidumbre de pesadilla levantó el pálido semblante sobre la escena dolorosa.

Diego, vuelto de espaldas, había entreabierto la puerta del balcón y miraba al cielo con el alma transida de dolor y de cólera.

En lo alto de la vidriera, al borde del vecino tejado, la luna pálida y redonda giraba en el pedazo de quimera azul...

III

Largos meses habían corrido sin que Eva y María se visitaran.

Recién casadas las dos, habíanse tratado con alguna intimidad en su primera temporada madrileña.

Después Eva fué retrayendo de la amistad de María sin razón ni pretexto.

Veíanse con frecuencia en casa de los marqueses de Coronado, pero, en secreta hostilidad, Eva se distanciaba de su gentil paisana con débil disimulo.

A medida que aquella consumía con irreflexivo alarde el pequeño patrimonio de su marido, dolíale con más acerba humillación la fastuosa existencia que disfrutaba María, y mal dormidas memorias de antaño levantaban entre ambas mujeres un sutil y firme valladar de pasiones.

En nadie como en María envidiaba la ambiciosa morena el lujo seductor y la aparente felicidad...

Al morir doña Manuela, con afectuosa compasión quiso María olvidar el inexplicable alejamiento de su

amiga, y en las horas de duelo la acompañó, sencilla y buena.

Pero aliviado el luto de su madre, disculpóse una y otra vez Eva de asistir á fiestas ni reuniones en el primoroso hotelito de la calle de Goya, y encerróse también María en prudente reserva, sin menudear sus visitas á la calle Vicálvaro.

Ultimamente, la amable señora oyó en casa de sus tíos unas tristes lamentaciones sobre la situación de Eva y Diego.

Decíase que agotada en absoluto la herencia del esposo, había llegado la miseria á visitarles con todo su fatal cortejo de pesadumbres... Que Diego, acobardado ante la perspectiva de tener que sostener con la pluma una difícil apariencia de bienestar, trataba de emigrar á América en busca de mejores mercados para sus producciones literarias... En pugna con sus aptitudes artísticas, tentado por la codicia del lucro ó por el aguijón de la necesidad, había estrenado en el teatro obras ligeras y vulgares, que fracasaron sin ruido ni esperanza... Se agotaba y se consumía el poeta en la redacción de un periódico, oscurecido y afanoso, elaborando pacotillas amenas y efectistas informaciones, para llevar á su casa un pedazo de pan ingrato... Mostrábase Eva esquiva y ceñuda, y el niño, enfermizo siempre, decaía amorbado y mustio, cada vez más lastimoso...

Todo esto se habló en «un lunes» de los marqueses de Coronado, al extremo del salón donde se habían reunido algunas personas que conocían al desgraciado matrimonio.

Entre ellas estaba María, que escuchaba, callada y triste, el relato que la curiosidad glosaba con efímera condolencia: «¡Pobre mujer, tan hermosa!»... «¡Pobre muchacho, tan artista!»... Así decían unos y otros á flor de labio, maquinalmente, sin que ninguna frase naciera de un piadoso latido del corazón...

También Gracián, que se apoyaba negligente en una artística columna, lanzó á la conversación su breve comentario.

—Lástima de mujer—dijo.

Y un relámpago de ruin maquinación brilló en sus ojos atrevidos.

Sólo María, la silenciosa y bella, abrió el alma á la compasión de las relatadas amarguras.

Las saboreaba enternecida, pensando: Les falta lo que á mí me sobra, y yo carezco de lo que ellos tienen... pero mi pobreza no lleva remedio como la suya... Yo quisiera darles alivio y consuelo... Eva nunca me ha querido bien, pero sufre, sufre mucho y acaso podré alegrarla... Además, Diego es mi amigo de toda la vida... el buen amigo que en el alto valle me buscaba las rosas más bonitas, y para mí componía las más dulces canciones... Vivían entonces mis padres... yo era niña y feliz... ¡hace ya mucho tiempo!... Luego, él y yo hemos llorado tanto... ¡pobre Diego!...

Y esta final exclamación de su íntimo coloquio, la exhaló en un suspiro.

Pasaron sus manos un poco temblorosas encima de su frente, como plácida nube de bonanza que bajo los dorados rizos serenase un amago de tempestad.

También sobre el cielo de los ojos pasó «la nube» y los dedos largos y finos descendieron hasta la falda un poco húmedos.

Un vozarrón atronante le dijo casi al oído:

—¿Lloras, María?

Volvióse á sonreír á su primo Rafael, murmurando:

—¡Qué he de llorar!...

Y decidió en su corazón aquietado ya, y siempre generoso: Mañana, con motivo de la enfermedad del nene, iré á ver á Eva.

IV

Tenía Tristán una amiguita, una niña parlera y alegre que, cierta tarde, le fué á visitar acompañando á una señora joven y rubia, muy hermosa, que se llamaba María.

Cuando la dama y la nena entraron en el modesto gabinete de la calle de Vicalvaro, un sugestivo perfume de vida elegante se expandió en la estancia, y Eva se ruborizó con el bochorno de su pobre ajuar... Mirando en torno, quedó confusa y disgustada, sin agradecer la visita.

Abrazáronse las señoras con mutua cortedad, mientras los dos niños se amistaban con la mirada y la sonrisa, y se eclipsaban, cogidos de la mano, por la casa adelante...

Con alguna precipitación, dijo, al sentarse, María:

—He venido porque me dijeron que estábais preocupados por la salud del pequeño... como ya sé lo que es apenarse por los hijos, me acordaba mucho de vosotros y deseaba veros... quise traer á Lali para que

jugase un rato con Tristán... pero le encuentro animadito... eso no será cosa de cuidado...

La timidez cariñosa y simpática de aquel exordio, suscitó en la conciencia de Eva un involuntario remordimiento; casi conquistada por la cordialidad de María, respondió:

—Pero va siendo muy larga esta dolencia y me inspira mucho recelo... Cada día está el niño más flojo... A las horas del recargo da pena mirarle...

—Un poquito de anemia... en cuanto avance la primavera ya verás cómo se repone...

—Al contrario, el verano de Madrid le daña mucho...

Quedaron silenciosas, como si ambas temiesen avanzar en la conversación. Al fin María, indecisa, observó:

—Tampoco este año podréis ir á la Montaña, si Diego no tiene vacaciones...

—Aunque las tuviera, no iríamos—dijo Eva, amargado el acento, fijos con tenacidad los ojos en la mezquina estera del piso.

Arriesgándose con precauciones en la dificultad de aquel diálogo, propuso María:

—En ese caso me podías confiar al nene; yo le llevaría con mucho gusto y le cuidaría como si fuera hijo mío...

Alzáronse vivamente los negros ojos y, puestos con asombro sincero en los azules, Eva contestó, conmovida á su pesar:

—Gracias..., gracias..., te lo agradezco...

—Y aceptas, ¿no es verdad?

—Tú no has pensado lo que me ofreces...; un niño

enfermo y triste da mucho que hacer..., perturba y molesta en todas partes...

—Pues te aseguro que en mi casa no molestaría. Para mí sería un entretenimiento...; para Lali, un encanto...

—¿Y para tu marido?

—Gracián apenas estará con nosotras este verano..., tiene proyectado un largo viaje... Además, los niños le gustan, y él nunca interviene en las cosas que yo dispongo.

—Sí..., tú tienes libertad para todo..., tienes placeres y caprichos..., haces bien en aprovecharte de la felicidad...

—¡La felicidad!—suspiró María con una sonrisa indefinible.

—Yo—añadió Eva sordamente—no la conozco más que de nombre..., para mí sólo ha tenido una mueca burlona...

—Para muchos la tiene, hija mía..., no hables así, por Dios..., en tu casa hay un tesoro raro y envidiable...

—¿Un tesoro, dices?

—Sí..., tenéis amor...

—¿Amor?... ¡qué inocente eres!..., ¿lo has creído de veras?... Amor... ¡no conozco á ese caballero!...

—Calla, calla, mujer, Diego te adora...

—Nada me importa de él.

—¿Qué estás diciendo, Eva?

—Me atormenta... Me hace desgraciada...

—Sufres y deliras... Diego es bueno...

Precipitada Eva en aquella insólita confidencia, irascible y desmesurada, arguyó:

—¡Diego es bueno!... Esas mismas palabras las dijiste una noche en *Las Palmeras*, hace ya siete años..., las dos éramos solteras, ¿te acuerdas bien?... Entonces pude creerte; conocías á Diego mejor que yo... Hoy le conozco yo mejor que nadie y no me convence tu benevolencia...

Aterraba María la frente, angustiada y sorprendida.

Siempre creyó que Eva no amaba mucho á su marido, pero estaba muy lejos de suponer que le aborreciera.

Se repuso de aquella sorpresa en un triste silencio, mientras Eva deshilachaba, nerviosa, el fleco de su pelerina de punto.

Después, con paciencia y con dolor, habló María suavemente.

Su voz cristalina y dulce no encalmó el ánimo en borrasca de su amiga, pero fué tan discreta y tan afable que apaciguó, al menos, la adustez amenazadora del moreno rostro.

Sugestionada Eva por el fluyente caudal de aquella noble palabra, dejóse llevar por extraño sentimiento de confianza, único en la vidriosa apiedad que profesaba á María.

Confesó la penosa estrechez en que se hallaban, y en los arranques de aquella impulsiva franqueza sintió un placer satánico en acumular sobre Diego quejas y culpas.

Tendióle María su mano pródiga en beneficios, y con exquisita delicadeza le ofreció en aquel trance el buen auxilio de su fortuna.

Soberbia la menesterosa, nada quiso aceptar, y aun

sintiera, al cabo, un pesar repentino de haber confiado su lamentable secreto á la oculta rival de sus ambiciones.

El matiz velado y profundo de los consuelos que le brindaban, las inflexiones sentimentales de la voz hialina y triste, nada íntimo y personal revelaron á Eva, ignorante para descubrir pudorosos achaques de córazón, incapaz de leer duelos ocultos en una mirada empañecida ó en una sonrisa punzadora.

Muy hábil á la sazón María para adivinar cuitas ajenas, advirtió la turbación creciente de su amiga y apresuróse á enveredar la conversación por menos escabroso camino, tomándola otra vez en el punto donde había quedado rota y porfiando en invitar á Tristán para veranear en el Norte.

—Muchas gracias — repetía Eva —, pero no puede ser...

—¿Por qué te niegas?... Te lo ofrezco con toda mi alma. Y si Diego se embarcase pronto, como dices, tú también podías venirte con el niño..., me harías un gran favor. Voy á pasar el verano sola con Lali y doña Cándida... Piénsalo bien y decídetelo. Nos iremos en junio, hasta septiembre... Ya verás qué bien le prueba á Tristánito..., ámate... Le llevaremos á la playa y á la aldea, le cuidaremos mucho..., se pondrá fuerte...

Ingenua y efusiva, María dejaba suelto el corazón en su verbo piadoso.

Luchando entre la gratitud y el encono, Eva seguía diciendo...

—No puede ser..., gracias..., gracias...

V

También Tristán y Lali habían celebrado una íntima confidencia, una confidencia sensacional, hecha sin rodeos ni disimulos, con sedienta curiosidad de niños y llaneza infantil, encantadora y bárbara.

La primera en romper el fuego de preguntas fué la niña, vivaracha y comunicativa.

Mirando á su acompañante con mucha atención, le preguntó callandito:

—¿Te llamas tú Tristán, porque estás triste?

—No —dijo gravemente el niño—, yo estoy triste porque estoy malo... Me llamo Tristán porque es un nombre de novela, muy bonito.

—¿De novela?... No sé lo que es «novela»... Yo me llamo Eulalia, pero todos me dicen Lali... ¿te gusta ese nombre?

—Algo, ya me gusta...

—Y dí; ¿tienes muchos juguetes?

—Tengo pocos, ¿y tú?

—Yo tengo un palacio de muñecas y muchas cosas

más... ¿No te acuerdas que una vez fuiste á mi casa y te lo enseñé todo?... Hace ya mucho tiempo... todavía «no estabas de pantalones»...

—Se me ha olvidado—pronunció Tristán, lentamente.

Habían llegado al comedor, y en un rincón, dentro de una caja de madera, fueron á buscar los juguetes del niño: una escopeta, un juego de bolos, un sable, dos carritos...

—Y caballos, ¿no tienes?—preguntó Lali.

—Caballos, no... se me han roto. Tengo un rompecabezas... mira.

Abrió una cajita cromada, y los dos se arrodillaron en el suelo, examinando con mucho interés los taquitos cuadriculados, con trazos en colores, de diversas figuras.

—¿Los armo, para que los veas?—interrogó Tristán, galante.

—Sí... ármalos... debe ser muy difícil...

Y mirando las manitas exangües de su amigo, agitadas sobre los tacos, Lali añadió:

—Tienes las manos flacas... ¿por qué no te curan de ese mal que tienes?

Suspenseo Tristán volvió hacia la niña su cara inteligente y dolorosa, murmurando:

—Ha dicho mi madre que me voy á morir...

Ondularon las tinieblas de sus rizados en torno al perfil trágico y puro, y Lali abrió con espanto sus dorados ojos sobre la desconsolada expresión del niño paciente.

Pronta y resuelta, determinó:

—Pues no te mueras aunque ella lo diga... Dile tú á Dios que no quieres morirte.

—¡Pero si mamá lo dice llorando!... ¡Si es Dios el que quiere!...

El pensamiento de la chiquilla saltó rápido á otra idea, con vuelo de mariposa, y exclamó Lali:

—¡Todas las mamás lloran!...

Hincados de rodillas, juntos y absortos, se miraron largamente, hasta que Tristán sentenció, con una lógica terrible:

—Cuando tú seas mayor... también llorarás...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Ya no era María la niña tímida y curiosa que ávidamente secretara con los celestes horizontes.

Los desengaños sufridos abrieron para ella á lo largo del camino, por encima del mismo cielo, alto y codicioso rumbo al vuelo de la fantasía.

A la inocente paloma del valle le habían nacido, por un milagro de penas, potentes y soberanas alas de condor...

El fracaso moral de su boda, aquel tremendo error de su inexperiencia, que la esclavizaba á una cadena perpetua de dolores, halló á María dotada de viriles energías, de arrestos portentosos, en aquella naturaleza tan femenina y dulce.

Era el vergel de su alma, donde las brisas de la ilusión entraron triunfalmente, un terreno feraz que las lágrimas habían fecundizado.

Se hizo fuerte en las trincheras de sus virtudes íntimas, y su mirada, pensativa y serena, no se posaba ilusa, como otras veces, en el mudable encanto del firmamento, avizorando señales de pasajeros goces,

sino que, valiente y firme, caía al otro lado del celaje, más allá de la vida, detrás del secreto oscuro de la muerte, esperanzada con la suprema ambición de una felicidad desconocida, imperecedera.

Soñaba siempre María, soñaba mucho, altiva y divinamente... ¿qué alma descollante no sueña y delira en la humana prisión?...

Hizo el dolor descubrimientos prodigiosos en aquel temperamento esquisito; hirió cuerdas de callados sentimientos, y toda el alma excepcional de aquella mujer vibró en acorde infinito de sobrehumanos anhelos.

Entonces fué María santa, con una santidad romántica y secreta, que por adelantado le ofrecía el excelso placer de la inmortalidad. Fué artista con la sublime inspiración de un arte nativo, de superior linaje.

Su corazón, sediento de inextinguibles amores, ebrio de pesares, fabricóse una vida interior de refinada hermosura; una vida tocada con la púrpura gallarda del sacrificio, aureolada con rojas flores de pasión divina; rosas de calvario, galas inmarcibles del eterno jardín.

Vertidos en la inmensidad sus sentimientos, derramados en lo infinito, como incienso del mundo, escogido para Dios; descendían sobre los seres y las cosas en vórtice generoso, y se prodigaban á todo lo bello, á todo lo noble y triste del camino.

María amaba mucho, amaba insaciablemente los graves y sombríos misterios de la eternidad, los peregrinos secretos de la naturaleza... las humanas bellezas... los humanos dolores.

Había hecho de su intensa desventura un culto ferviente y extraño, y se entregaba á él con amarga voluptuosidad, con ese morboso placer, delirante y aciago, que se ha llamado muchas veces «la coquetería del dolor».

Y esta singular criatura, toda amor y tristeza, abrasada en oculta llama de ardientes sentimientos, divinizada en una interior obra de arte espiritual, pasaba por el mundo en traza gentil de mujer dichosa, escondiendo con rubores de alma púdica el doble fondo de su martirizada existencia.

Ocupaba con bizarría su puesto de honor en los salones madrileños, y se la veía con frecuencia en sociedad, donairoso y risueña, elegante y encantadora, muy bien avenida, al parecer, con los achaques de la vida mundana.

Era su aspecto el de una de esas mujeres infantiles, dispuestas siempre á perdonar y á sonreír, crédulas y sencillas; una discreta mujercita sin malicias ni pasiones, muy devota del bienestar exterior; buena y prudente, que sacrificaba su amor propio y hasta su dignidad de esposa á las dulzuras de la paz doméstica, y se conformaba con una felicidad decorativa.

Sólo una perspicaz observación, una ciencia maestra en desdoblarse corazones, lograrse descubrir detrás de aquella apariencia jovial y apacible otra segunda vida artística y doliente.

Ahora, en los celestiales ojos de María, la imperturbable mirada azul parecía llegar de muy lejos, de remoto paraje de maravilla, donde hubiese tomado un misterioso baño de emoción.

Fulgía la luz de aquellos ojos con encanto inefable y nuevo, y donde se posaba iba dejando el don de una gracia pura y triste, el jirón impalpable de una nostalgia divina, que pudiera llamarse «el mal del cielo»...

VII

Placiase Gracián en la buena suerte que le había deparado aquella boda afortunada con mujer encumbrada y rica, tan sumisa y complaciente.

El también, como el vulgo, consideraba á María desde el punto de vista de una criatura pasivamente bondadosa, una esposa de lujo, inofensiva y bella.

Mirábala con cierto compasivo agrado y con una superioridad protectora que tenía mucho de humillante y despectiva.

La trataba con una cortesania chabacana, entre galante y desdeñosa, algo irónica siempre y siempre glacial. A menudo la llamaba *pobrecilla* y le acariciaba las mejillas como á una nena, paternalmente. Era con ella indiferente y rumboso, y no se tomaba el trabajo de ocultarle sus más escandalosos devaneos. Aquel gran cómico, ciego de soberbia, no podía suponer que *la pobrecilla* le profesaba un absoluto desprecio y que, con una clarividencia extraordinaria, había profundizado todo el vacío de la fantástica exis-

tencia, ruidosa y deslumbrante, que tanto le envanecía.

Pocos meses de matrimonio le bastaron á la joven para conocer dolorosamente la fatuidad de su marido y descubrir, bajo aquella exterioridad fascinadora, un fondo de bastardas pasiones y un huero corazón. Tan cierta quedó la triste de su grave desventura, que ni siquiera soñó con hallarle algún remedio. Sumióse en ella con valentía y, siendo tan inmerecida y traidora, la supo disimular entunicada como una contrariedad cualquiera, de esas que ruedan sobre una florida juventud sin entorpecer el camino de la dicha.

Y cuando más engreído con sus triunfos huecos y falsos, Gracián se dignaba hacer á su esposa la merced de una caricia ó de una atención, celaba ella en sus encalmados ojos todo el desdén que le inspiraba aquel baratero de la vida, y con una disciplinada sonrisa hacía guardia á los pesares de su corazón abandonado.

VIII

En las constantes vigiliás de aquel corazón, un rayo de luz brillaba misericordioso y alegre. Era el sol de los ojos de Lali, de la nena reidora y charlatana, ave graciosa que poblaba de trinos y vuelos, el bosque sombrío de los pensamientos de María.

Era Lali una encantadora criatura de seis años, hermosa como sus padres, traviesa y juguetona, dueña de un corazoncito angelical.

Rubios tenía los cabellos y dorados los ojos, llenos de luz temblorosa y riante, de cálida luz fulgurante como un gajo de sol.

Horas enteras se pasaba María arrullando sus ensueños tristes con la placentera vocecilla de Lali, que hablaba con su muñeca y con doña Cándida, indistintamente, en garla gentil.

Una dócil cortina de damasco separaba la habitación de la niña del saloncito donde su madre tenía siempre una labor interrumpida y un libro abierto y un búcaro con flores nuevas...

Aquella tarde llovía, y la nena, que no había podido hacer su habitual paseo, travesaba incansable entre dos butacas próximas al balcón.

En una estaba sentada doña Cándida, meditabunda y suspirante; tejiendo una calceta erizada de agresivas agujas; en otra se recostaba el gran *bebé* de celuloide, con los inmóviles ojos de turquesa muy espantados, y los bracitos extendidos, hirsuta la cabellera de lino pálido, y un poco chafada la seda rosa del traje. Sin duda estaba asustado de la niña que Lali dirigía sobre su inanimada persona.

Con la más sincera indignación, sermoneaba la niña:

—Si no me obedeces, te castigaré sin merienda... En ti mando yo, y no se me replica... Ya sabes que no tienes papá...

Cambió de tono, y comentó rencorosa:

—Ni falta que te hace... Los papás son unos señores muy malos... muy tontos... muy feos...

Una voz varonil protestó á la puerta del gabinete, con risueña jactancia.

—¿Cómo es eso, mentirosilla? ¿somos feos todos los papás?

Se volvió la niña hacia el reproche insinuante; y saltando al cuello de Gracián, le respondió dentro de un beso mimoso:

—Tú eres guapo.

—Pues, ¿entonces?...

—Lo decía en broma, para engañar á *Mimi*.

—¿Cuánto me quieres?... A ver...

—Te quiero cientos... miles...

La acarició el padre con ufania, orgulloso de la proceridad de aquella criatura, que era un alarde vivo de la existencia de él; y salió de la estancia engreído y jovial, tirándole besos á la nena, que le decía:

—Ven temprano... ninguna noche te veo... ¡Por las noches no tengo papá!...

Apenas se extinguieron en el corredor los firmes pasos de Gracián, fuése la niña á levantar el tapiz medianero con el saloncito de su madre, y hallóla con el bordado caído sobre las rodillas y los ojos errantes y distraídos, embebecida en una meditación tenaz.

Corrió Lali hacia ella con los brazos abiertos, trepó á su regazo, y le dijo en un «escucho» ingenuo y fervoroso:

—A ti te quiero millones... mucho más que á él... montones de veces más... ¡Te quiero mundos y mares y cielos de cariño!...

Y nerviosa, vibrante, la besaba en los párpados sumisos, en la dulce boca enmudecida y en la aureola de los cabellos.

Cuando Lali se cansaba de hablárselo todo sola, cuando se aburría de la mudez de doña Cándida y de la inmovilidad de *Mimi*, solía preguntar á su madre:

—¿Dejas á Rosita jugar conmigo?

Siempre María contestaba que sí, y Rosita, aquella niña aldeana y hermosa que hemos conocido hace siete años en la quinta de *Las Palmeras*, convertida ahora en mujer garrida y lozana, hacíase pequeña y revoltosa como Lali, á fuerza de fingir que lo era, y de remedar con infantil regocijo llantos de nena castigada, acentos y mimos de nena mañosa.

En los días inclementes del invierno, cuando no llegaba muy arropada y valiente alguna amiguita á jugar con Lali, Rosa representaba á las mil maravillas su papel de muñeca viva y mimosa, en el gabinetito confortable, cerca de los vigilantes espejuelos de doña Cándida, que, entre uno y otro suspiro, sonreía con beatitud contemplando á su niña tan divertida y alegre.

Dos años llevaba Rosa al inmediato servicio de Lali, en descansada labor, que consistía únicamente en arreglar las habitaciones de la minúscula señorita, coser y planchar su ropa, y aun la de *Mimi*; ordenar sus armarios y sus juguetes; vestirla, desnudarla, y, en determinadas ocasiones, officiar, como ya hemos dicho, de muñeca de carne, llorona y traviesa, á quién indefectiblemente había que encerrar en el cuarto oscuro.

Con tal acierto y adhesión cumplía la muchacha estos menesteres, que sus cuidados y compañía llegaron á hacerse indispensables cerca de la pequeña, y María cobró singular afecto á esta mocita hábil y donosa, que sabía con tan buena gracia complacer á Lali, obedecer á doña Cándida y poner en los más vulgares detalles de su obligación una nota de condescendencia y de dulzura, llena de solicitud, para la señora de la casa.

IX

Años atrás, cuando el poeta bohemio de nuestra historia dió impunemente un sablazo al bolsillo y al corazón de Rosita, quedóse la muchacha por algún tiempo alicaída y tristona y hasta un poco intercadente de salud.

Amustiáronse los colores ufanos de sus mejillas, y con aciaga nube se amortiguó en sus ojos gitanos el brillo rutilante.

Andaba taciturna por la aldea y desoía con creciente desdén los amantes requerimientos de los mozos que bien la querían.

Llegaron sus padres á preocuparse del aspecto adolecido de la joven, hablaron de llevársela al médico, y en voz baja se lamentaron: —¡Ay, la nuestra hija..., si nos la habrán dañado en la ciudad!

Más de cuatro mozas, envidiosas de la belleza de Rosita, subrayaron con sonrisa perversa el sentimiento con que se comentaba en el pueblo que á la

muchacha le hubiese probado tan mal la buena vida entre señores.

Pero en cuanto una de estas sonrisas perniciosas hirió á la moza en pleno rostro, se le encendieron en las mejillas dos ruborosos claveles y se levantó su orgullo por encima de los achaquillós de su corazón.

Ya Rosa no hurtó á las romerías su gentil presencia, ni dejó de asistir por la noche á las deshojas, y los domingos al «corro».

Con vanidad nueva y vengativa se prendió sus galas finas de la ciudad, y era cosa admirable en los festivos días verla caminito de la parroquia, á la hora solemne de la misa mayor, con su falda oscura y ceñida, su mantilla de blonda, entoldando la cara morena, y su blusa plisada y elegante, como la de una señorita.

La diversidad de sonrisas que la persiguieron entonces ya no la hacían enrojecer, eran síntomas patentes de admiración en los mozos y de celos en las muchachas.

Halló Rosa un placer desconocido en la ostentación altiva con que se impuso en la aldea, y se distrajeron mucho sus pesares con aquel triunfante juego de femenino vanidad.

Como no era cosa grave el mal de su corazón, con aquellos estimulantes y aquellas diversiones fué mejorando hasta sanar casi del todo, sin que le quedase otro daño, acaso incurable, que el de un aborrecimiento mortal á las toscas labores de la aldea y una afición fuerte y decidida á las cosas delicadas y bellas que había conocido en la opulenta casa de Coronado.

Aguda y espabilada, como buena montañesa, apenas se libertó del arrullo falaz con que *Nenúfar* la había encantado, reconoció que el bohemio era un contrabandista de amor, explotador profesional de mujeres crédulas.

Gozóse de haber sido con él cauta y previsora, y ni siquiera se dolió del timo rastrero de los cinco duros.

Pero de aquella exótica aventura de amores con «un poeta», le quedó á la pobre aldeana una exaltación sentimental que la despegaba con hastío profundo de su miserable existencia campesina.

A la vez que se le ajaban sus vestidos señoriles, veía con desconsuelo cómo las ásperas herramientas del campo encallecían otra vez sus manos menudas y aspaban su cuerpo floreciente.

Un rebelde sentimiento de protesta se alzó en su espíritu inquieto y ansioso. Miraba con terror á las mujeres, jóvenes de años, acabadas ya y envejecidas, segada en flor su belleza por los duros azares de la vida labradora. Con espanto volvía los ojos en torno suyo, y notaba que, de repente, se le había entenebrecido el camino antes risueño de su juventud. Antaño le parecía benigno y grato su mísero hogar, y, de pronto, hallóle todo negro por el humo de las paredes, todo tiznado de fealdad y de tristeza...

Y el sendero del monte, ¿no era antes azul?... Ella lo hubiera jurado así; pero ved cómo se le aparecía bruno y miedoso, serpenteando sin rumbo ni esperanza entre crueles malezas que desgarraban á tirones de bárbaro esfuerzo la gracia juvenil de las leñadoras.

Pues, ¿y las mieses?... Rosa las había conocido

llenas de encantos; prometedoras en la primavera, granadas en el estío, pródigas en el otoño... Y se le volvieron otras; se le volvieron inhumanas y feroces, tendidas en el valle como implacable maldición que la obligase á vivir en acecho sobre la tierra; á vivir encorvada, sudorosa, jadeante, marchita sin haber florecido en toda su hermosura...

Ya Rosa no tuvo sosiego ni alegría.

El deseo de grandeza, sembrado en su alma, creció con la privación absoluta de los dones apetecidos, y determinó en aquel espíritu inculto y delicado un verdadero delirio, ambicioso de cosas bellas y sutiles, una loca pasión de arte que la enardecía y la martirizaba.

Mucho tiempo luchó la moza con aquella constante fascinación.

Quiso vencerla, y buscándole un remedio heroico, dió palabra de casamiento á un guijarreño mozalbete de las cercanías que andaba por ella perdido de amores. Era un bravo trabajador y tenía su poco de hacienda y su fama de «buen partido».

Gran contento causó á los padres de Rosa aquel suceso inesperado que rompía la terca obstinación con que la joven rechazaba todos los proyectos de boda que se le habían ofrecido; y aunque la vieron sobresaltada y ansiosa, achacáronlo á emociones propias del noviazgo.

Se aproximaba la boda rápidamente, cuando en una trágica hora de cobardía Rosa cayó en los brazos de su madre hecha un mar de lágrimas, confesándole que su novio le inspiraba una invencible repulsión, y afirmando entre sollozos:

—No me caso con él, madre, no me puedo casar... es imposible.

Se sucedieron lamentables escenas de dolor y despecho entre las familias de los apalabrados mozos; anduvieron sueltos por las callejas los chismes y los comentarios, y la bella Rosita, desesperada y confusa, intentó salir de la aldea, huyendo de una vida que se le había hecho insoportable y de un ambiente que le era contrario.